



Uno de los hallazgos más sorprendentes en “Blade Runner 2049” es la posibilidad que se le ofrece a los esforzados defensores de la legalidad de tan imaginativo futuro de disfrutar de la compañía de una simpática amiga feminista en formato holográfico para hacer menos ardua la tarea, siempre solitaria y poco agradecida, de combatir el crimen y la injusticia en la sociedad.

Casi podemos imaginar la conversación que tiene lugar entre K_ y su peculiar compañera de investigaciones un día cualquiera de una semana igualmente anodina, porque no siempre está uno en condiciones de salvar al mundo con cinco minutos de sobreaviso.

**** * * * * * **** * * * * * **** * * * * * **** * * * * * **** * * * * * **** * * * * * **** * * * * * ****

(Regueros de omnipresente lluvia recorren perezosamente los cristales, con la niebla exterior impidiendo ver poco más allá de una decena de metros a través de las ventanas de una habitación en penumbra. Casi imperceptiblemente se escucha una discusión en una lengua sibilante, acallada tras un portazo. Pronto, una sucesión de pisadas trastoca la quietud del pasillo. Gira la llave en la cerradura, prenden las luces cuando abre la puerta. Una imagen iridiscente toma cuerpo en el salón y se solidifica al tiempo que el recién llegado se despoja de la gabardina y la coloca en un perchero contiguo a la puerta).

[Él] – Otro día más, ya estoy en casa.

[Ella] – Llegas tarde. ¿Cómo van las cosas en el trabajo?

- Lo de siempre. La gente está chiflada. ¿Y tú qué tal?
- Aquí en casa, leyendo “The Guardian”. ¿Sabías que la brecha salarial entre replicantes y replicantas no ha parado de crecer desde el año 2030?
- ¿“Brecha salarial” dices? Yo pensaba que no les pagaban. Porque no son personas. No tienen alma.
- ¿Y quién te ha dicho eso a ti? ¿Asimov? [replica ella, frunciendo el ceño]
- No, Aristóteles.

- Ya veo. Otro que nunca hizo nada más que escribir sobre cómo debían comportarse los demás.
[Encogiéndose de hombros]

- No le quites su mérito. Era un adelantado a su tiempo. Claro que tenía a gente que trabajaba por él para que se pudiera dedicar a filosofar.

- Como tú en tu trabajo. ¿Cuándo te van a dar un ascenso? `

- No es tan sencillo, cariño. El departamento tiene más personal del que necesita y doy las gracias de que no me hayan destinado todavía a vigilar algún peaje en la zona radiactiva para sacarme de en medio.

[Se sienta en una silla pero ante el interés de ella continúa con la conversación]

- Bueno, porque tú también podrías buscar un trabajo, ¿no?

- ¿Trabajo? [Responde ella] ¿Te parece poco lo que hago aquí dándote coba a cambio de una suscripción básica a la Tyrell Entertainment? Aquí hay una empresa que pierde dinero seguro.

- No tanto [dice él]. No quedan otras empresas para ofrecer servicios similares. Todas fueron absorbidas por este competidor feroz. [Levanta las manos y mira hacia el techo, entonando una voz grave de forma fingida]. ¡Demos gracias al libre mercado!

- “Libre mercado” lo es [apunta ella], porque puedes decidir si adquieres los servicios o no. ¿Qué más elección hay que en eso? ¿Acaso ibas a dejar la suscripción?

- Para nada [admite él], pero mira que podrías hacer otras cosas con tanto tiempo libre como tienes.

- ¿Por ejemplo? [Se nota el sarcasmo]

- No sé. Dedicarte a la minería de criptomonedas, que está muy de moda ahora.

[Ella, indignada, chasquea los dedos]

- Estas manos no han nacido para empuñar pico y pala. Tengo estudios superiores y me valgo de ellos.

- Claro [responde él], pero un poco de dinero a fin de mes nos ayuda a los dos. ¿No has pensado que podrías coger un trabajo de antivirus por horas?

[Más sorprendida todavía]

- ¿ Y limpiar toda la basura de hombrecillos como los que tú mandas a la cárcel por delitos mezquinos? ¡Anda ya! [Y se cruza de brazos]

[Él se queda pensativo, y seguidamente tamborilea con los dedos sobre la mesa de salón]

- Venga, ¿qué hay para cenar esta noche?

[Ella, desdeñosa, no le dirige la mirada]

- Lo mismo que ayer: pseudopan con cuasiqueso y unas pocas amagoalmendras.

- ¡Maravilloso! [Su interés es genuino] Con eso basta y sobra.

[Mágicamente se materializa un insípido bocadillo sobre la mesa y él lo devora con apenas disimulado gusto, limpiándose las migas que caen en la barba con la palma de la mano, no vaya a ser que se desperdicien los hidratos de carbono reconstituidos].

- ¿Qué tomas tú, cariño?

- Ahora que lo preguntas, me tomaré un holobatido de frambuesa.

[Otra copa se materializa en la mano de ella, de la cual bebe un sorbo mientras entrecierra los ojos, logrando con tan sutil gesto una apariencia inverosímil de misterio y encantamiento, dado lo inocuo del brebaje]

- Ya podrías tomar algo más [dice él], porque con eso no llegarás muy lejos.

- Para mí es suficiente. Además, tengo que cuidar la línea.

- Venga [insiste él], que si algún día te das un opíparo atracón como el mío [señala los restos del emparedado sintético sobre el plato, en el que apenas quedan unos rastros] no tenemos más que restaurar los parámetros de fábrica para devolvarte a como estás ahora [le guiña el ojo derecho]. Ay, cómo echo en falta los aguacates.

- Creo que tienes un tic en el ojo derecho [dice ella, colocando el vaso sobre la mesa del salón]. Si no has conseguido un ascenso, ¿cómo ibas a poder comprar una frutiverdura natural con los tiempos que corren? Aquí seguimos los dos comiendo migajas.

- Qué ricos los aguacates... [Él está embelesado por el recuerdo, con la mirada perdida en el infinito, por lo que ella gesticula para despertarlo de su ensoñación].

- ¿Por qué no me lees algo? [Ella se sienta en el sofá, con un codo sobre en reposabrazos, en actitud distendida]. Esta semana en "The Guardian" están recomendando "Muerte en Venecia" de Thomas Mann.

- ¿Y por qué no "Lolita" de Nabokov? Es lo mismo. [Aventura él]

- No es lo mismo. ¡Es machismo! [Ella no sigue la broma]

- Eso que se lo digan al pequeño Tazio [Refunfuña entre dientes. Se levanta y anda hasta la estantería, donde acaricia distraídamente las tapas de libros roídos por el tiempo y el desgaste de una atmósfera corrosiva).

- ¿Y bien?

- [Con una mirada traviesa] ¿El capítulo de las lavanderas de "La Vigilia de Finnegan", de James Joyce?

- ¿En serio? [Gesto mohíno] ¡Pero rebosa de insinuaciones groseras de naturaleza sexual!

- Que sean groseras lo sabes tú porque eres licenciada en Literatura Inglesa [dice él]. El resto de la gente no se entera. Además, no es posible que sean groseras, porque son sólo insinuaciones y Joyce fue un literato laureado. No hablamos de Gargantúa y Pantagruel.

- Laureado o no [dice ella], son insinuaciones. Y todos pensáis en lo mismo [Mira al techo]. ¿No tendrás otra cosa por ahí?

[Él recorre con el dedo una larga serie de volúmenes de tapa negra y dorada hasta detenerse en uno].

- ¿El libro número 147 de la Herejía de Horus?

- [Desdeñosa] ¿Otra vez esa pelea de parvulario entre mocosos de familia desestructurada?

- Cariño [él insiste] pero si es épico...

- ¡De ninguna manera! [Tajante, niega con el índice en un gesto enérgico]. Sabes que si el Emperador fuese una mujer no habría tenido nunca ese problema con la educación de su prole.

- Eso no es posible [resignado él], además, creo que nunca llegaron a terminar la serie.

- Algo encontrarás. Sigue buscando.

[Él lo intenta de nuevo]

- Mira esto: “Zenobia de Palmira, la mujer que hizo frente al Imperio Romano”.

- Ah, eso me gusta más [su mirada está iluminada]. ¿Qué me puedes contar de esa tal Zenobia?

[Sonríe porque cita de memoria]

- Fue una poderosa gobernante árabe en el siglo tercero después de Cristo, cuyo reino estaba en nombre integrado en el Imperio Romano. Aprovechando la discordia interna y la anarquía militar del período de los “Treinta Tiranos” se hizo con el poder, ayudada por su marido, el jeque Odenato, y llegó a controlar tanto Egipto como Palestina. ¿Qué te parece?

- Muy interesante [dice ella]. ¿Y cómo le fue?

- Pues al final Roma siempre gana así que su intento de lograr la independencia sólo quedó en eso, un intento.

[Disgustada] – Claro, como siempre, con fuerza bruta acabáis con todo. No dejáis gobernar a las mujeres.

[Levantando las manos otra vez, él se desentiende]

- No tengo nada que ver. Por encima vinieron unos tipejos de negro y con barba y reventaron todo lo que quedaba de Palmira siglos después de que Zenobia hubiese pisado la tierra por última vez.

- Ya te decía yo [se refuerza ella], que toda la culpa siempre es de los hombres barbudos. ¿Qué más?

[Él se detiene ante un libro especialmente roído y su cara se ilumina de ilusión]

- ¡Por fin!

- Cuéntame [inquieta ella], no me tengas en ascuas.

- Qué mejor que Ernest Hemingway para pasar una tarde-noche de lluvia. Vamos a buscar un relato [hojea el libro mientras retoma su posición enfrente a ella en la sala de estar, sentándose en el sillón opuesto a la mesa del pequeño salón].

- ¿Qué me vas a narrar hoy?

- “El gato bajo la lluvia”.

[Comienza a leer sin prisa, mientras ella lo escucha con atención, y ambos se trasladan por un tiempo a la Italia del período entre las dos guerras mundiales]

**** *

[Él termina de leer y cierra el libro. Ella permanece en silencio durante unos momentos, y levanta la vista de nuevo para encontrarse con la suya. Ambos se miran durante un tiempo indeterminado e infinitamente elástico, que podría ser un instante o bien una eternidad, para ser ella finalmente quien deshace el monótono repiqueteo de las gotas de lluvia sobre los paneles de plasticristal]

- Me ha gustado mucho. [Baja la mirada]

- No es uno de los relatos habituales de Hemingway, ¿no te parece?

- Es verdad [dice ella, recuperando la compostura y recordando el análisis metodológico del gran escritor norteamericano que hiciera antaño para un trabajo durante su licenciatura]. ¿Cómo de frecuente es que un agente externo interrumpa para bien la vida de los protagonistas de sus relatos? La figura del *deus ex machina* es del todo inusual en Hemingway.

- No sabría decirte [admite él], la mayoría de las veces los personajes son presa de sus propias limitaciones y van dando tumbos por la vida hasta acabar en brazos los unos de los otros.

- Eso cuando no hay un ruedo de por medio [su mirada chispea con humor], podrían acabar ensartados en el asta de un toro.

- Efectivamente, Hemingway siempre vuelve por lugares conocidos. O eso o una taberna.

[Ella suspira y mira por la ventana]

- Tantos sitios para ir. Tantos sitios que visitar.

[Su mirada se torna sombría, como la neblina del exterior]

- Pero todavía seguimos aquí. Nunca me llevas a ningún sitio [se dirige a él con tintes de acusación].

- No podemos, cariño [el apelativo suena hueco, como la cartera de él en este momento y tantos otros], ya hemos hablado de que no tenemos mucha capacidad económica.

[Ella, desafiante, lo incita a seguir excusándose, y replica]

- No puedes permitirme un proyector holográfico omnicanal para que pueda salir por el mundo adelante, y pretendes comer frutiverduras orgánicas como un miembro del consejo de la Tyrell. ¡Menudo triunfador estás hecho!

[Él se defiende]

- Siempre puedes acompañarme a cenar con mis amigos. El dispensador de proteínas está dentro del radio de acción del proyector que tenemos.

[Ofrece la posibilidad. Ella lo desdeña una vez más]

- ¿Tus amigotes? ¡Pero si son una pandilla de frikis tatuados y olorosamente dolorosos! No podría decir nada mejor de sus acompañantes.

- Claro, porque la licenciada eres tú y ellas se buscan la vida, como todo el mundo en Los Ángeles. No todos pueden estar en casa leyendo a Jane Austen y escribiendo un libro.

[Ella se defiende]

- Pues mi editora me ha dado muchos ánimos para continuar. No veo nada mejor que hacer. Y no será ese miserable trabajo de antivirus por horas o de telefonista en el departamento de atención al cliente de la Tyrell para enseñarle a solteros incapaces de atarse los cordones de los zapatos por sí solos a manejar una cafetera, que tiene dos sencillas posiciones de “encendido” y “apagado”. [Gesticula con las manos, como dándose por vencida de la redención de tan bajas formas de vida en la sociedad].

- A veces me gustaría que tú también tuvieses un botón de apagado, cariño. [Él no está nada entusiasmado con el trato que reciben sus amigos, acude a defenderlos].

- Ra, ra, ra, se mira pero no se toca. ¡Soy un holograma!

- Eso ya lo sabía. Pero mis amigos no se merecen que los trates así.

[Ella lo ignora, y vuelve a mirar por la ventana]

- ¿No me vas a preguntar por mi libro?

- Claro que sí. ¿Cómo va?

- Pues mi editora quiere que desarrolle el personaje principal, dice que tiene mucho potencial dramático dado que es una huérfana que crece bajo la tutela de su tío, el notario evangélico de una pequeña villa en la Inglaterra de principios del siglo XIX.

[Él aparenta una cierta falta de entusiasmo]

- ¿Seguro que a la gente le va a interesar la época previa a la linotipización de las transacciones emocionales? No veo yo que vivamos en un mundo muy similar al de aquellos tiempos.

- Será porque en la vida has visto un campo con hierba de verdad y flores. Lo más verde que has tenido entre tus dientes habrá sido un aguacate, y de eso hace tantos años que ni te acuerdas.

- Puede ser [admite él], pero lo que describes es casi ciencia ficción para la mayoría de los Angelinos. No sé si estarán muy interesados.

[Ella, imperturbable, continúa con su maquinación de la maquetación de tan prodigiosa epopeya literaria como plantea]

- Haré una trilogía, y la conclusión llegará a su trágico desenlace durante el asedio de Bilbao por parte de las tropas carlistas de Zumalacárregui. Me he documentado y puedo demostrar que tanto mi protagonista como su amor imposible tienen cabida histórica dentro de viajeros anglosajones en ambos bandos del conflicto entre carlistas y cristinos.

- Es muy ambicioso, pero tienes que tener todos los cabos bien atados. [Él no acaba de verlo. Es una mente simple. Metódico y poco imaginativo. Pero la deja hablar, embelesado por el fulgor de sus ojos cuando describe las ilusiones para el futuro].

- Ya verás cuando lo consiga. Y no será precisamente por tu ayuda. [Lo señala con el dedo índice].

- Tú eres la que tira del carro en este equipo. Yo sólo soy un operario de la pistola. No me preguntes por literatura, me quedo con mis libros de aprendiz de brujo.

- Otro ejemplo cuadrúpedo bovino y pensaré que has leído más de la cuenta a Hemingway [dice ella, sin dar categoría al piropo]. ¿Qué es lo próximo? ¿"Otra copita más?"

- Tienes razón, cariño. Pasan los años, y sólo me acuerdo de Hemingway. ¿Por qué será?

- Por la vida que llevas. Ya va siendo hora de ponerle remedio.

- Eso será mañana [dice él, mirando el reloj]. Fíjate la hora que es.

- Yo no tengo prisa [responde ella]. Todavía tengo que descargar la ampliación de memoria que mejora los tiempos de latencia ante la ironía, sátira y sarcasmo.

- ¿Otra más? No lo hagas, cariño. Me gustas tal y cómo eres.

- ¡Eres un machista! [Decidida] La descargaré por mi cuenta te guste o no.

- Pues bueno. *Pues molt bé. Pues adió.*

[Se ríe para sus adentros]

- Hale, nos vemos mañana.

- *Bona nit.* [Dice ella]

Su forma corpórea centellea por un instante, volviéndose translúcida, para desvanecerse en el aire como si fuese un humo de ultratumba. Se escucha un zumbido decreciente mientras el holoprojector vuelve al modo de reposo].

K_ se levanta del sillón y da unos pasos hasta la ventana. La lluvia continúa, como lo hará siempre, surcando la ventana de plasticristal con un sinfín de patrones arborescentes que se dejan arrastrar hacia el ajetreo callejero que apenas se intuye en el subsuelo. Afuera, las luces continúan encendidas pero la ciudad duerme. No hay nada más que ver salvo las imágenes que se agitan detrás de sus párpados cerrados.
